

Presupuestos

Higinio Lopera, E.*

LA MISION

DEL TEOLOGO EN LA IGLESIA

El Cuerpo de Cristo y los ministerios en el Espíritu Santo

La edificación de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, es obra de toda la comunidad presidida y animada en el Espíritu Santo por los Pastores.(1) Con el carisma jerárquico de la autoridad (la autoridad como servicio edificador de la Iglesia) coexisten en la comunidad eclesial los diferentes carismas de servicio, de edificación, de iluminación, de animación de los hermanos.(2) Como un carisma necesario aparece la misión y el servicio de los teólogos dentro de la Iglesia y tanto el teólogo como la comunidad deben reflexionar conjuntamente sobre este carisma como don del Espíritu Santo para su mejor ejercicio y eficiencia dentro de la acción salvífica, pastoral.

En pocas palabras y con miras a reevaluar la figura del teólogo católico, se quiere presentar en este estudio la misión del teólogo, que más allá de un simple ejercicio intelectual, de un "profesionalismo científico", es una vocación y un ministerio carismáticos.

1. EL CARISMA DEL TEOLOGO

El teólogo es un "carismático" en el más profundo sentido eclesial del término.

Es un hombre que dedica al servicio de la comunidad el don de iluminación que ha recibido del Espíritu Santo.

Dios lo puso como "maestro" en la Iglesia, Cuerpo de Cristo.(3) Este caris-

* Licenciado en Filosofía y Doctor en Teología; Profesor en el Seminario Mayor de Bogotá; Miembro del Comité Teológico Central del Secretariado del Episcopado Colombiano.

(1) Cfr. Vaticano II LG. AG. PO. CD. passim.

(2) Cfr. Ef 4, 1ss; Rm 12, 3ss; 1Co caps 12, 13, 14.

(3) Cfr. 1Co 12, 28s; Hch 13, 1

ma de ser maestro, en el Único Maestro Jesucristo ("uno solo es vuestro Maestro" (4)), llega a la mente y al corazón de quien ha recibido del Señor una vocación y un ministerio muy concreto. Comúnmente el carisma llega en un momento de oración, de contemplación.

Valdría la pena que el teólogo pensara siempre que debe ser un orante, un contemplativo, para hacerse más digno del carisma.

Se es "teólogo" por vocación divina y se "enseña" la PALABRA porque se ha recibido un ministerio reconocido dentro de la Iglesia.

Lo demás es tráfico y apropiación de la Palabra.(5)

El Teólogo es un hombre consciente de su vocación y de la dimensión que ésta tiene dentro de la Iglesia Católica. "Y no olvidamos que es necesario que los teólogos estén convencidos de su propia vocación, según la cual deben ser discípulos fieles y apóstoles de la fe dentro de los límites de la Revelación y de todos aquellos que el Magisterio de la Iglesia señala expresamente con su autoridad"(6).

Su "liderazgo" de tipo espiritual en el Espíritu Santo comporta una doble responsabilidad con Dios y con la Iglesia, con el mundo de la verdad y con la comunidad católica.

Su misión concreta se inscribe dentro del plan mismo de Dios que se revela.

(4) Mt 23,8.

(5) 2Co 4,2.

(6) Pablo VI. A la Comisión Teológica internacional, Oct. 11 de 1973.

(7) Balthasar U.v."Ensayos teológicos" Madrid. I, 1964, p. 197.

(8) Id. ib. p. 199.

Dios se comunica, se manifiesta al hombre: el teólogo tiene el carisma para lograr el punto de convergencia entre la revelación de Dios Padre en Jesucristo y el mundo del hombre. Por eso debe traducir la Revelación al lenguaje del hombre e interpretar el sentido teológico de la vida de los hombres con miras a la salvación.

Esto significa que debe realizar la máxima encarnación de la Palabra en el hombre, pero habiéndola bebido antes profundamente en la adoración contemplativa donde recibe el carisma de ser "testigo" y de hacer "discípulos" en el Señor con el poder del Espíritu Santo.

El carisma del teólogo es contemplativo en el sentido dinámico que tiene este término. La contemplación del teólogo es actitud profética de consulta a Dios, para llevar a los hombres la PALABRA que es Cristo. Es la meditación y el gusto de la Palabra que debe predicar. Es el contacto profundo con la fuente interior de toda sabiduría y de toda plenitud: el Poderoso Espíritu Santo. Es actitud profética de adoración y de obediencia: "La verdad de la revelación, por ser verdad divina y vivida está constituida de tal forma que la teología (en cuanto que, como reflexión teórica, realiza su obra trascendiendo hacia la adoración y la obediencia de vida) tiene que permitir que su contenido de verdad sea medido por la adoración y la obediencia" (7) "La teología de la Iglesia no puede olvidar un solo instante las raíces de que se alimenta: la adoración en la que vemos el cielo abierto en la fe: y la obediencia de vida, que nos hace libres para entender la verdad" (8)

2. EL TEOLOGO, HOMBRE CENTRADO EN CRISTO

El teólogo es un hombre marcado por la experiencia del Señor. Como María Nuestra Señora tiene una gran capacidad de Jesucristo para recibirlo en su vida y luego entregarlo a los hermanos en el ministerio del "maestro". Ha logrado centrar todo su amor y toda su energía mental en Jesucristo, el Maestro, la Sabiduría del Padre. No hay otro lugar de encuentro con la verdad salvífica que el interior del Verbo Encarnado.

Jesucristo es el centro de "la", de "su" teología (9) El estar centrado en Cristo le dará el sello de autenticidad a la Teología. El teólogo debe acreditarse ante la comunidad eclesial. La mejor carta de presentación será el Señor profundamente vivido y amado (10)

También de la vivencia profunda del misterio de Cristo surge la unidad e integridad del mensaje, así sean muchas las maneras de comunicar la Palabra en un ambiente pluralista. Es cierto que hay un pluralismo válido en el campo teológico, cuando busca maneras nuevas de presentar el mensaje, pero dentro de la unidad e integridad de la Revelación. Hay que velar en todo momento por su autenticidad buscando la profundización en el ministerio de Cristo (11)

Sin la presencia de Cristo en el corazón contemplativo del teólogo, sin la vivencia profunda del Señor, la teología carece totalmente de sentido, de funcionalidad;

no llega al hombre. Por eso el teólogo ha de ser el amigo íntimo de Jesucristo, el discípulo amado que, como Juan, escucha al Señor en la intimidad. Como amigo debe vivir en el interior del Tú Divino del Señor, estando unido e injertado en Jesús y compartiendo con El la realidad, la verdad suma. Como íntimo no sale de la interioridad de Jesucristo y vive con El la comunidad del Padre y del Espíritu Santo (12)

El Teólogo es el amigo e íntimo de Jesucristo por el conocimiento (o experiencia íntima) que el Espíritu Santo le permite tener de Cristo y por el trato del tú divino del Señor (13).

3. EL TEOLOGO, HOMBRE DE DIOS

El Teólogo es un hombre de Dios: como su nombre lo indica, vive sumergido en el LOGOS de Dios, en su pensamiento, en su amoroso conocimiento, en su medio divino. Dios le ha abierto por el don de sabiduría y de inteligencia sus misterios, sus arcanos.

Vive al tanto de lo que Dios está haciendo por el mundo, comprende en lo posible lo que el Señor a través de mis caminos está llevando al mundo.

Escruta con amor y con ojos puros la voluntad de Dios y reinterpreta en el momento actual los signos de la voluntad salvífica: le muestra al hombre, su hermano y contemporáneo, el amor de Dios y la respuesta que Dios le exige en compromiso igualmente de amor.

(9) Cfr. Vaticano II, SC, 16.

(10) Cfr. 2Co 3,1-3.

(11) Pablo VI, Cfr. Paterna cum benevolentia, dic. 8 de 1974.

(12) Cfr. 1Jn, 1, 1ss; (13) Cfr. Jn 15,13-15.

(13)

El teólogo, habla de Dios, "trata la divinidad trascendente", da el LOGOS de Dios, la Palabra viva, puede hablar de Dios porque lo vive, lo experimenta. Y por eso puede prestarle al hombre un gran servicio: ser guía hacia la más profunda experiencia de Dios, de su gracia.

Como el profeta que ha penetrado en el misterio de Dios, el teólogo debe vivir en la fidelidad a su Dios, quiere ser fiel a su Señor en todo lo que dice o escribe, en su pensamiento, en su voluntad.

El teólogo es hombre de Dios porque vive del verdadero conocimiento y lo comunica a los hombres con el poder del Espíritu Santo.

4. EL TEOLOGO, HOMBRE DEL ESPIRITU SANTO

El carisma del teólogo implica dependencia absoluta del Espíritu Santo que lo ha sellado, lo ha marcado en un servicio eclesial.

Su carisma, reconocido por la Iglesia, viene del Espíritu Santo que obra poderosamente en su entendimiento, en su corazón, en toda su persona.

La acción del Espíritu Santo en el teólogo se da a través de la gracia (el teólogo debe ser un hombre-en-gracia) y de los dones, especialmente, sabiduría, inteligencia, ciencia y consejo. El teólogo recibe del Espíritu Santo la ILUMINACION para el conocimiento y la comunicación de la Verdad Divina.

(14) Cfr. Jn 16,13; Vaticano II, LG,

(15) Vaticano II, DV 19.

(16) Cfr. Jn 16,13; Vaticano II, DV, 20.

(17) 1Co 2,4.5.

(18) 1Co 2,12-13.

Esta acción maravillosa exige de parte del teólogo una profunda humildad y una sanidad interior como la de María para recibir y "encarnar" la Palabra.

Como hombre del Espíritu, vive bajo su dependencia, su dirección; se deja "usar" como el autor sagrado, como el "hombre inspirado".

Es el Espíritu de la Luz, el Espíritu que guía a la Iglesia hacia toda la verdad (14) quien enseña (15) e introduce en la verdad total (16) al teólogo humilde consciente de su carisma.

Por eso el teólogo para dar eficacia a su "palabra" como encarnación de la PALABRA debe ser un hombre del Espíritu Santo y ha de vivir en la actitud propia del apóstol, atento a la palabra del Espíritu Santo... "y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que vuestra fe se funde no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios" (17)

Esta actitud es condición de poder, de eficacia, de funcionalidad eclesial del carisma: hay que aprender a hablar con un lenguaje aprendido del Espíritu... "y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de la sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales" (18)

5. EL TEOLOGO, HOMBRE DE LA IGLESIA

El teólogo es un hombre de Iglesia, es decir, un eclesiástico, un devoto, un dedicado a la Iglesia, dentro de la cual es recibido, reconocido y alimentado su carisma.

Es un hombre que tiene conciencia de Iglesia. Sabe lo que es la Iglesia como Pueblo de Dios, como Esposa de Jesucristo, como Comunidad en la fe, la esperanza, la caridad, el culto y la misión.

Ha penetrado en su misterio de amor en Jesucristo, en el sentido de su Liturgia, de su Koinonía, de su Diakonía.

Es un servidor de la Iglesia porque tiene una clara visión de su misterio salvífico: sabe realmente que la Iglesia no es un agregado posterior al plan divino, fruto del tiempo y de los condicionamientos sociológicos, sino algo muy íntimo y centrado en el designio eterno de la salvación.

Por eso trabaja con amor y filial servidumbre por la autenticidad de la Iglesia, no como quien ejerce una función de fanatismo legitimadora y defensora de una institución humana, sino como quien ha entrado en la perfecta sintonía del plan de Dios, teniendo presente que la autenticidad exige una actitud de progreso y manifestaciones que en un momento dado pueden interpretarse como un freno ante todo aquello que puede extrapolar la genuinidad divina de la Iglesia.

Por encima de todo, aun a costa de ser tratado como retrógado, el teólogo de-

be facilitar la experiencia y la actividad de la Iglesia en base a la fe católica y continuamente debe preguntarse ante Dios y ante la comunidad si está "haciendo teología católica".

El teólogo es un constructor de la comunidad, es un creador de la unidad. Con los Pastores de la Iglesia en quienes reconoce la asistencia del Espíritu Santo, crea la comunidad en el mismo Espíritu por la fe, la esperanza, el amor, el culto y la misión.

Esa es su misión y en ella debe actuar como todo operario apostólico. "...para cumplir su propia misión de construir la Iglesia, el operario apostólico afronta un triple cometido: primero, él mismo tiene que estar dedicado por completo a la palabra de Dios; segundo, debe ser embajador fiel al anunciar esa palabra; tercero, debe reconocer en la palabra de Dios el único vínculo auténtico de caridad y de unidad en la Iglesia. Estos tres aspectos del servicio al Evangelio siempre han formado parte de la naturaleza misma del ministerio pastoral" (19).

Normalmente el teólogo debería tener el carisma de la unidad como el mejor servicio que se puede prestar a la comunidad eclesial.

Con un sentido muy grande de constructor de la unidad, el teólogo responderá con acierto profético a las necesidades y problemas de la comunidad y sabrá encontrar las salidas y contribuir positivamente al crecimiento del Cuerpo de Cristo (20).

(19) Ahern, B.N. "La Sagrada Doctrina en el ministerio pastoral contemporáneo" L'Osservatore romano, No. 325 (30.III 75) Edic. española, p.9, col. 1.

(20) Cfr. Ef 4,12

Un servicio especial del teólogo se expresa en un sincero respeto al Magisterio. El Vaticano II insiste en la obediencia y la reverencia que se debe al Magisterio, como "religiosa sumisión de la voluntad y del entendimiento" (21), como atención y docilidad (22).

El Magisterio es la guía de la investigación teológica y sólo él da el sello de catolicidad (23).

Por eso el teólogo reconoce en la Iglesia el derecho de verificar sus afirmaciones, más allá de un sentimiento de simple emulación, precisamente porque no debe emular con la autoridad y no se trata de la competencia entre dos primados: "el primado de la ciencia y el primado de la autoridad, puesto que en este campo de la doctrina divina solo hay un primado: el de la verdad revelada, el de la fe, al cual tanto la teología como el Magisterio eclesiástico quieren dar un apoyo *diverso* pero *convergente*" (24).

Esta dependencia del Magisterio no ha de tomarla el teólogo como un freno odioso: su servicio eclesial le pide una comunión en la fe con el Magisterio, porque participa de algún modo de ese Magisterio. Sus investigaciones dan buena base al Magisterio para la transmisión de la verdad. "Conviene afirmar que todos los teólogos participan, como por derecho propio, aunque con diversos grados de au-

toridad, de la función que es propia de los Pastores de la Iglesia en este campo: es decir, la función de hacer fructificar la fe y preservar vigilantemente a su grey de los errores que la acechan" (25)

El teólogo debe darse cuenta de la importancia de su servicio dentro de la Iglesia; es "una función vital, intrínseca y necesaria para el magisterio eclesiástico" (26) Más aún, el teólogo católico, servidor de la Iglesia es el signo y el testigo de la infalibilidad del pueblo de Dios de que habla el Concilio Vaticano II (27).

Este servicio es también fidelidad a las fuentes, tanto de la Iglesia de Occidente como de la Iglesia de Oriente (28), fidelidad a un pasado que es vida en el presente, fidelidad a la Tradición que es fundamento de la Teología (29).

Esta fidelidad no es un obstáculo a la renovación. Es más aún, la condición de una renovación teológica. "Renovación (postconciliar) que exige una teología que sea tan pastoral como científica; que esté en estrecho contacto con las fuentes bíblicas: que esté centrada en Jesucristo; que considere al hombre inserto en la historia de la salvación; que sea constantemente fiel a la palabra de Dios, devota para con el Magisterio de la Iglesia, pero al mismo tiempo atenta a todas las voces, a todas las necesidades, a todos los valores auténticos de nuestra época" (30).

(21) Cfr. Vaticano II, LG, 25

(22) Cfr. Vaticano II, LG, 43. 50.

(23) Cfr. Vaticano II, OTE, 16; AG, 22.

(24) Pablo VI a la Comisión Teológica Internacional, 6 octubre de 1969.

(25) Pablo VI a la Comisión Teológica Internacional, 11 octubre de 1973. Cfr Vaticano II, LG, 25.

(26) Pablo VI a la Comisión Teológica Internacional, 6 octubre de 1969.

(27) Cfr. Vaticano II, LG, 12.

(28) Cfr. Vaticano II, UR, 15.

(29) Cfr. Vaticano II, DV, 24.

(30) Pablo VI. Discurso al Instituto Patrístico Agustiniiano, 4 mayo 1970.

Así el teólogo prestando con sinceridad su servicio a la Iglesia, vive también sinceramente con el hombre, le sirve, porque capta su sentido y le descubre la realidad del mundo.

Como hombre de Iglesia el teólogo no puede realizar su trabajo solo, aislado, sino en comunión católica con todos los otros teólogos. El teólogo no puede ser un espécimen de genio solitario que habla sin sentido de comunión con los que han recibido su mismo carisma para edificación de la unidad eclesial.

Finalmente, el servicio que el teólogo presta a la Iglesia le reporta de la misma amor y correspondencia. La Iglesia se ha de esforzar en comprender a sus teólogos y respetar su responsabilidad personal y su libertad creadora en el Espíritu.

Así entendido el servicio eclesial del teólogo es todo un signo, un testimonio: el teólogo es la Iglesia que piensa, ora y contempla.

6. EL TEOLOGO, SERVIDOR DE LA PALABRA

El teólogo es un servidor especializado de la Palabra de Dios.

Servidor no es el que sirve a la Palabra, la maneja, la instrumentaliza para elaborar esquemas o concepciones de la realidad. La Palabra es realidad viva que no admite manipulaciones.

El teólogo debe vivir el mundo de la Palabra de Dios y de la palabra humana, evitando todo intelectualismo (que manipula la Palabra) y toda deshumanización del lenguaje (lo que se da cuando el teólogo no "vive" entre la gente).

La palabra de Dios será el alimento de todo su trabajo, el objetivo de todas sus fatigas, porque la Teología es fundamentalmente "la ciencia sobre la Palabra y sobre la fe en la Palabra". Es decir, se funda en la Palabra de Dios (31) e investiga en el estudio y la adoración para comunicarla a los hombres. (32).

La tarea del teólogo será profundizar la fe, iluminar la existencia concreta de los hombres con la luz poderosa que fluye de la Palabra revelada. Palabra predicable en todo momento por el teólogo porque es también ministro de la predicación (33) y ha recibido con el carisma del maestro, el de la predicación (34) para ayudar al hombre de su tiempo a comprender el Evangelio y darle una respuesta personal, coherente.

El Teólogo es un hombre de fe y de obediencia, que se acerca a la Palabra, no como amo, sino como servidor.

La fe del teólogo ante la Palabra implica el desasimiento de muchas posiciones, de toda autosuficiencia; lo que conlleva un respeto muy profundo a la fe tesoro de la Iglesia, a la fe de los fieles y de los sencillos que han recibido también la Palabra.

(31) Cfr. Vaticano II, DV, 24.

(32) Cfr. Id. Ib., 23.

(33) Cfr. Vaticano II, PO, 13.

(34) Cfr. Id. Ib., 4.

Como servidor de la fe y de la Palabra sabe que hay todo un proceso de crecimiento y de maduración que es necesario asistir con respeto y cariño, no sea que se malogre la buena semilla sembrada en el corazón de todo hombre de buena voluntad.

7. EL TEOLOGO, SERVIDOR DE LA VERDAD

El teólogo es un servidor apasionado (entusiasmo profético) de la Verdad, la verdad de Dios y del hombre, la verdad de la realidad y la verdad del mundo en camino de salvación.

Debe buscar esta verdad con sinceridad viviendo coherentemente la investigación y sintiéndose con derecho a propagar la verdad (35). Su misión es contribuir a la unidad en el pensamiento en base a la Verdad de Dios, que es fuente de amor como en el medio divino de la Trinidad (36).

Esta unidad no es uniformidad y se logra dentro de una apertura a las nuevas formulaciones evitando el integrismo. "El integrismo doctrinal se manifiesta quizás principalmente en la dificultad de admitir nuevas formulaciones e interpretaciones de las verdades de fe" (37).

De aquí la necesidad de la investigación como servicio a la verdad para el avance de la teología y la adecuada formu-

lación de la Verdad de Dios y de la Iglesia (38) porque con muchos los problemas que la ciencia plantea al teólogo, que no es propiamente un "inventor", sino un intérprete.

En esta línea está el gran aporte que en sus universidades y centros de estudio da el teólogo (39).

El servicio a la verdad exige imparcialidad. El teólogo no puede dejarse suggestionar (-masificar-) por ideologías, por sociologías, por un pensamiento deformado por resentimientos, por prejuicios clasistas.

Por eso tiene que rechazar todo error o deformación de la realidad presentando en toda su pureza y seguridad la verdad. "A veces, la condena enérgica del error es el único medio de que dispone el ministro para defender la Verdad del Evangelio. Sin embargo, la mayor parte de nuestra gente no está al tanto de las falsas opiniones expuestas en círculos eruditos, o se desinteresa profundamente de la intrincada dialéctica que conduce al error o lo sostiene. Si no hay algo palmariamente anticristiano, como la injusticia o la inmoralidad, que afecte a su vida cotidiana, no apreciarán la importancia práctica que puede tener el que su sacerdote censure el error esotérico y muy lejano para ellos. Por eso, en la práctica, el mejor modo que tiene el ministro para combatir el error es presentar la sagrada doctrina en toda su belleza, plenitud y aplicación práctica" (40).

(35) Cfr. Vaticano II, GS 59.

(36) Cfr. Jn 17, 17-21.

(37) Miano, Vincenzo "Integrismo y coherencia" en *osservatore romano*. ed. Española, No. 317 (26 enero de 1975) p. 9, c. 4.

(38) Cfr. Vaticano II, GS, 62.

(39) Cfr. Vaticano II GEM, 10, 11, 12.

(40) Ahern, o.c. p. 10, c.3.

El mejor servicio a la verdad es la coherencia en el pensar y en el actuar, en la vocación y en la misión, más allá, una vez más, del integrismo. " El integrismo consiste tanto en no reconocer la justa autonomía de las realidades terrestres en su campo específico, como no admitir el legítimo pluralismo cuando la fe y la moral cristianas no imponen una uniformidad en la actuación de los cristianos. Y viceversa, no es integrismo, sino coherencia cristiana, rechazar determinadas opciones que contrasten con la fe y la moral cristianas. Por tanto, en este último caso, los cristianos que quieren ser fieles a las exigencias de la propia fe, no pueden contar con el pluralismo de opciones" (41).

El teólogo con su servicio a la verdad contribuye positivamente a la libertad del hombre, a la auténtica liberación, presentado con amor la "verdad que nos hace libres" (42).

8. EL TEOLOGO Y SU MISION ILUMINANTE DE LA REALIDAD

El carisma de la iluminación.

El carisma del teólogo es un don de iluminación del hombre, de su realidad. El teólogo profundiza con la luz del Evangelio, la Luz del Espíritu, con la palabra revelada, la problemática del hombre actual, para que la verdad revelada sea mejor captada, sentida, vivida (43). Por eso es un hombre al día del Dios y del hombre que sintoniza las necesidades del hombre (44) y la voluntad de Dios. Es el auténtico contemporáneo del hombre.

Como hombre de fe, comparte con los intelectuales las inquietudes del tiempo presente y responde con el Evangelio a las nuevas situaciones y condicionamientos culturales.

No se trata de una simple iluminación: se trata de dar respuestas concretas, directas e inmediatas a las necesidades espirituales del hombre; de contribuir a la realidad con su carisma de doctrina y de profecía; de llevar su crítica a hasta una reforma dentro del mundo en que vive: una acción simplemente conservadora o justificadora puede anular su carisma. Es un hombre que da soluciones y no se contenta con analizar simplemente los problemas. Para esto debe estar muy cercano al mundo de los hombres, del fiel común y corriente. Esta observación es trascendental:

" En los años que siguieron al Concilio, los grupos teológicos de Europa y América se han alejado notablemente del conjunto de los fieles, no, por supuesto, en el sentido de que hayan disminuído su adhesión a la comunidad o la profundidad de su fe, sino en cuanto a su capacidad para abordar los problemas religiosos que atormentan el espíritu y el corazón de los seres humanos. Se están volviendo cada vez más como tantos otros profesores de Universidad e intelectuales desgajados de su propia tradición y del pueblo, enteramente entregados a sus vacuos juegos intelectuales.

" Quiero que se me entienda bien. No critico la investigación, ni siquiera la de carácter más técnico o abstruso. Tam-

(41) Miano, o.c. p. 10, c.1.

(42) Jn 8,32.

(43) Cfr. Vaticano II, GS, 44.

(44) Cfr. Vaticano II, OTE, 16.

poco pretendo afirmar que sólo merece estima la investigación que puede aplicarse inmediatamente a resolver problemas prácticos. Muy al contrario. Un investigador profesional debe dedicarse por completo a su tarea, sin reemplazar por el activismo o por un trabajo de servicio (45). Lo que quiero decir es que, si los teólogos pretenden decir algo que realmente importe en el ámbito de los problemas críticos, humanos y religiosos, de su época, habrá de tener conciencia clara de la tentación que, como intelectuales y universitarios, podría llevarles a desvincularse de su propia herencia y del pueblo. De este modo, y prescindiendo de los problemas religiosos que plantean los periódicos o sus colegas universitarios, podrán atender a los que sienten tantos hombres corrientes. A éstos es preciso dirigirse, con pleno conocimiento de la ambigüedad, complejidad, profundidad, confusión y riqueza que posee la cotidiana existencia del hombre. Y habrán de hablar con respeto y estima hacia la herencia que comparten ellos mismos y los hombres a que se dirigen. Como ha indicado John Shea, hasta el símbolo aparentemente más pasado de moda puede guardar un fondo de verdad que la humanidad conoció bien en otro tiempo, pero que ha podido olvidar y que necesita desesperadamente que alguien se lo vuelva a repetir. Si el intelectual quiere salir del ámbito universitario y convertirse en misionero que se dirige al pueblo, que no incurra en el mismo error en que tantos otros cayeron. Ciertamente tendrá que hablar, porque es mucho lo que está en condiciones de decir pero también, conviene que sepa escuchar (46).

Esta cercanía en el mundo de sus hermanos le permitirá emplear y describir llanamente la realidad para hacerla vivir a la luz de Dios, sin complicaciones, eso sí, centrándose en su campo. Esta descripción llana de realidad se logra cuando se evitan los peligros de una rigidez metodológica. Sin despreciar ciertas técnicas se puede llegar al pueblo, pero tengamos presente que la realidad es menos complicada a la luz de Dios que a la luz de ciertas disciplinas humanas.

La función crítica

El teólogo es un hombre que tiene plena conciencia de la misión que ha recibido y por lo tanto con sinceridad en el Señor ejerce toda una función crítica con la poderosa luz del Evangelio. Sin tener una exagerada posición apologética, sí conoce el valor sumo de la Palabra de Dios, y a partir de ella juzga de la realidad, saca la cara por esa Palabra y defiende a los fieles de todo error y equivocación, creando en ellos una conciencia crítica y constructiva de la realidad con una gran humildad.

La función crítica del teólogo no puede ser autosuficiente: debe colocarse en su puesto, sin extrapolaciones e integristas, buscando sinceramente la armonía entre la fe y la inteligencia humana (47).

La crítica mira concretamente a la acción eclesial y ciertamente tiene que ver con la praxis social y política, evitan-

(45) Nótese que digo "reemplazarla". Investigación y actividad pueden complementarse perfectamente entre sí. Un mismo individuo puede ser investigador y activista al mismo tiempo. Pero el activismo no puede sustituir a la investigación, ni a la inversa.

(46) Greeley, A.M. "La traición del intelectual" en *Concilium* 101 (enero 1975) pp 75-76.

(47) Cfr. Vaticano II, GEM 10; GS, 59.

do toda ambigüedad y todo aquello que disminuya al hombre (48).

Finalmente, como lo pide el Vaticano II, el teólogo que hace la "crisis" de las ideologías, de los acontecimientos, debe distinguir muy bien entre el error y el que yerra, de otro modo los hombres no escucharán su voz (49): "El respeto y la caridad se deben extender también a los que en el campo social, político o incluso religioso, sienten u obran de diverso modo a nosotros, y cuanto más íntimamente lleguemos a entender por la caballerosidad y caridad sus modos de sentir, tanto más fácilmente podremos entablar con ellos el diálogo.

Cierto que esta caridad y benignidad no deben hacernos, de ninguna manera, indiferentes hacia la verdad y el bien. Al contrario, la misma caridad espolea a los discípulos de Cristo a anunciar a todos los hombres la verdad salvadora. Pero conviene distinguir entre el error, que siempre se ha de rechazar, y el hombre que yerra, que conserva siempre su dignidad de persona, incluso cuando está contaminado de nociones religiosas falsas o menos exactas. Sólo Dios es juez y examinador de los corazones; de ahí que nos prohíba juzgar de la culpabilidad interna de nadie" (50).

La autonomía

El teólogo es autónomo como lo es en su ciencia de investigador, el sabio,

acreditado por la sinceridad ante la verdad humildemente buscada.

Sin embargo, la autonomía del teólogo es por participación: le viene más bien de su felicidad a la Palabra, a Dios y a la Iglesia.

Esta autonomía significa que el teólogo es independiente en su crítica y sus compromisos eclesiales de todo poder humano, de toda forma de manipulación ideológica. Tiene derecho a llevar su investigación científica hasta las últimas consecuencias de la Verdad de Dios (51) pero estando muy abierto a las ciencias que le pueden aportar luz.

Debe guardar su independencia de cualquier ideología (52) en un mundo donde el intelectual toma partido por ciertas ideologías que lo alienan sin que él se dé cuenta.

Su autonomía se conserva dentro de una metodología material y espiritual que le es muy propia (53) abierta a la transcendencia (54). Por eso no puede hacer uso de filosofías que niegan la transcendencia, que manipulan la comprensión de la realidad y cierran los caminos del Espíritu.

Esta autonomía, paradójicamente, hace al teólogo profundamente honesto porque su ciencia es de Dios, en un don del Espíritu que le da libertad y seguridad.

(48) Metz, J.B. "La théologie a l'age de la critique" en "Service théologique dans l' Eglise" Ed. Du Cerf. Paris 1974.

(49) Vaticano II, GS, 28.

(50) Cfr. Lc 6, 37-38; Mt 7, 1-2; Rm 2,1 -11; 14,10-12.

(51) Cfr. Vaticano II, GEM, 10; GS, 36. 59;

(52) Cfr. Id. PO, 6.

(53) Cfr. Id. GS, 62.

(54) Cfr. Philips, G " Les méthodes théologiques du Vatican II" en Le service... pp 11ss.

La apertura

El teólogo debe tener la apertura de la luz de Dios. Esta apertura se manifiesta:

- * En una receptividad continua de la Palabra de Dios mediatizada en la Iglesia por el servicio magisterial del Papa y de los Obispos;
- * en no aceptar el fanatismo y la intolerancia y en un respeto hacia los que yerran (55);
- * en no dejarse contaminar por el integrismo " que, desconociendo el legítimo pluralismo teológico, pretende imponer a todos sus interpretaciones u opiniones personales, usurpando la función de los maestros de la fe "(56);
- * evitando toda soberbia, el engreimiento de la falsa ciencia que infla. (57). La soberbia acecha siempre al teólogo;
- * en la cooperación con las ciencias del hombre y con los que como él trabajan en la teología (58);
- * en un fraternal sentido ecuménico (59) por el cual el teólogo es un hombre en diálogo con el hombre de hoy; diálogo en las cuestiones opinables (60); diálogo, sobre todo,

con los hermanos en la misma fe. El teólogo debe " encontrar en la firmeza de nuestra fe el misterioso secreto de un lenguaje persuasivo para el diálogo ecuménico, encauzado a restablecer en la misma fe y en la misma caridad la comunión perfecta y feliz con los hermanos aún separados de nosotros "(61).

9. EL TEOLOGO Y SU MISION DENTRO DE LA PASTORAL PROFETICA

El teólogo tiene en la Iglesia una misión pastoral de mucho peso, concretamente en el campo profético de la evangelización. *Se parte del hecho de que el teólogo por lo común es un sacerdote y por lo mismo ha de compartir con los Obispos la carga pastoral de la Iglesia.* El ser-sacerdote marca el testimonio y la misión del teólogo con todas las consecuencias en la pastoral profética (62).

Hé aquí algunas consecuencias:

- * La misión confiada al teólogo dentro de la Iglesia, con el poder del Espíritu Santo, es hacer oír la Palabra de Dios; hacer que esta Palabra esté realmente presente en medio de los hombres nuestros contemporáneos.

(55) Cfr. Vaticano II, DH, 11.14.

(56) Miano, o.c. p. 9. c. 4.

(57) Cfr. 1Co. 8,1.

(58) Cfr. Vaticano II GS, 62; DV, 23.

(59) Cfr. Id. UR, 10.

(60) Cfr. Id. GS, 43.

(61) Pablo VI, A la Comisión teológica Internacional, 6 octubre de 1969.

(62) Cfr. Lopera, Higino, " El poder del Espíritu Santo en el Sacerdote " Ed. Pax, Bogotá, 1975. pp. 94-102.

- * El mundo en que vivimos, a pesar de la desacralización y de la secularización, está sediento, hambriento de la Palabra de la Vida. Es curioso: no quiere que le prediquemos las filosofías que él conoce, sino la Palabra de Dios. Busca lo "absoluto", aquello que realmente trasciende el relativismo, la opinión del uno y del otro.
- * El teólogo comparte con los pastores el servicio de edificar el Cuerpo de Cristo y para edificar no hay otro fundamento que el comienzo de Dios: "Y esta es la vida eterna: que te conozca a Ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo" (63); y este conocimiento como fe procede totalmente de la comunicación de la Palabra en el Espíritu Santo (64).
- * El teólogo es el predicador del único absoluto: Jesucristo; de un absoluto que vive en profundidad. La predicación del teólogo debe ser la comunicación de toda una experiencia del Señor Jesús con el Poder del Espíritu que nos hace comprender la realidad y gustar en el amor la única Palabra que debemos predicar (65).
- * El teólogo no es un simple intelectual que dice cómo son las cosas o cómo deben hacerse. Es un hombre comprometido en las tareas del Reino, profundamente sensible a toda la acción pastoral de la Iglesia en comunión con todos los pastores a

quienes ilumina, estimula y también obedece.

Debe ser un testigo de la unidad de la Iglesia, de la comunión de todos en la misma verdad. Es el portador de una fe, de una doctrina que ha madurado en su corazón contemplativo y en sus manos de obrero del Reino.

- * El teólogo como servidor en el ministerio profético, como quien ilumina a sus hermanos sacerdotes, debe mostrar con su vida y sus obras la vivencia profunda del misterio del Señor y ésta será su mejor pedagogía. La lectura del teólogo, de sus obras, debe conducirnos como de la mano hacia el interior del Misterio. He aquí su maravilloso ministerio pastoral.

El ideal será que el teólogo pueda decir con San Pablo: "por lo cual yo, Pablo, el prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles... si es que conocéis la misión de la gracia que Dios me concedió en orden a vosotros: cómo me fue comunicado por una revelación el conocimiento del Misterio, tal como brevemente acabo de exponeros. Según esto, leyéndolo podéis entender mi conocimiento del Misterio de Cristo...(66).

Como el Señor Jesús, el teólogo debe ser consciente del Misterio que está revelando en el Espíritu, debe ser consecuente con la Palabra que comunica, esto es, la vive, la cumple.

(63) Jn 17,3.

(64) Cfr. Rm 10,17.

(65) Cfr. Hch 1,8; 2,33; 4,8; 6,5; 10,31; Jn 14,17.25s; 15,18; 25s; 16,12. 13; Ef 3,5; 3,16ss; 1Co 2, 10-14; 12,3; 2Co 4,13s.

(66) Ef 3,1-4

Enseña a cumplir la Palabra, porque él mismo la cumple; enseña a vivir en adoración, porque él mismo vive en adoración. (67).

CONCLUSION

Fácilmente en el lenguaje común y corriente se presenta un antagonismo entre el teólogo y el pastor en término de teórico y práctico. No puede ser.

El teólogo tiene todo un apostolado intelectual fundamental en la Iglesia (68).

El teólogo ha de ser un pastor en el sentido pleno de la palabra: no solo responde a los problemas pastorales con su iluminación, sino también compartiendo la responsabilidad apostólica y viviendo en contacto con los fieles con un profundo espíritu de comunicabilidad. Debe ser por eso un experto en comunicación. Su

teología ha de ser "inter-subjetiva" muy desprendida de lo "subjetivo" (de lo que "yo pienso") para que sea realmente comunicable. Debe sacrificar muchos artificios para que los fieles, sus hermanos menos inteligentes, puedan enriquecerse con el conocimiento sapiencial de Dios.

El teólogo es el portador de un avivamiento en la presentación de la Palabra de Dios y del mensaje de la Iglesia. Tal vez es ese su principal objetivo pastoral... "Reavivar nuestra pedagogía kerigmática, nuestra capacidad de presentar el anuncio de la revelación divina y de la salvación humana con esa autenticidad que ciertamente supera la capacidad de nuestra inteligencia y, mucho más, las aptitudes del hombre moderno; autenticidad acompañada de claridad de expresión, de viveza de estilo, de ardor de caridad, para que el apostolado de la Iglesia en el mundo contemporáneo irradie, hoy más que nunca, su luz de verdad, de belleza, de certeza" (69).

(67) Cfr. Vaticano II PO, 18; GEM, 2.

(68) Cfr. Id. GEM, 11.

(69) Pablo VI A la Comisión teológica Internacional, octubre 6 de 1969.